

EL
CAPITAN DE PATRICIOS

POEMA EN DACTILO

D. JOAQUIN GUTIERREZ

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

DUNN'S PRESS

NEW YORK, N. Y.

1964



232

EL CAPITAN
DE PATRICIOS.

(POR DON JUAN MARIA GUTIERREZ)

ADVERTENCIA

“ Hallándose el autor en una casa de campo, si-
“ tuada en un valle de los Alpes piamonteses, hí-
“ zole el honor una señora de presentarle su álbum,
“ pidiéndole que dejase en él rastros de su tránsito
“ por aquellos lugares. Aquel libro estaba hermo-
“ seado con acuarelas de famosos artistas, y con
“ versos llenos del ingenio y del sentimiento que
“ distingue á las obras de Pellico, de Romani y de
“ Brofferio. Hubiera sido torpeza el ensuciar se-
“ mejantes páginas con los tiznes de un lápiz edu-
“ cado por Mr. Rousseau y por D. José Guth; y

“ atrevimiento sin disculpa el rimar en español-
“ porteño al lado de las estrofas italianas de aque-
“ llos notables poetas.

“ En tal conflicto, vínole la idea de trazar en
“ prosa un cuadro que participase de la poesía y
“ del paisaje (tal cual los comprendía el autor) re-
“ sultando el presente cuento, especie de idilio
“ con lágrimas, cuyos personajes figuran en las
“ mas pintorescas inmediaciones de Buenos Aires.

“ Esta composicion si no vale mucho, como lo
“ sospecha el autor, es una de las mejor encua-
“ dernadas que existen en el mundo, porque el
“ álbum que la encierra orijinal, tiene por cubierta
“ la que fué de un libro de devocion de una de
“ las antiguas condesas de Saboya: de manera,
“ que “El Capitan de Patricios”, á falta de otro
“ mérito, puede recomendarse á los lectores, por
“ el mérito de las tapas.”



EL CAPITAN DE PATRICIOS.

Ven, que quiero llevarte
A las llanas y fértiles orillas
Del Paraná famoso;
Allí donde se esplaya voluptuoso
En la alfombra sutil de las gramillas;
Donde yo fui feliz, donde he dejado,
En mil cortezas vírgenes grabado
El dulce nombre de mi amor primero,
Y la pisada leve
De mi tostado potro parejero,
Sobre el arena que el pampero mueve.

*Mientras vivió desconocióla el mundo,
Yo que la conocí quedé á llorarla.*

PETRARCA.

A la primera luz de un dia del verano de 1811, atravesaba, saludado por el centinela del *piquete*, el abierto espacio de terreno que hoy se llama *plaza del 25 de mayo*, un ginete joven, condecorado con las insignias de Capitan de *Patricios*. Montaba un caballo oscuro *criollo* de los *Montes grandes*, circunstancia que nos ahorra el pintarle tal cual era, grande, descarnado, largo de cuello, delgado de manos, generoso y ligerísimo en la carrera.

Era el ginete un gallardo porteño, algo moreno de rostro, y de tan espresiva fisonomia, que aun cuando cerraba los labios, hablaba con elocuencia irresistible á los corazones por medio de dos ojos renegridos como la noche. Caminaba al tranco de su montura; y en el instante en que descendía la

barranca por las inmediaciones de dos colosales ombues, mas hácia el Norte del antiguo muelle de piedra, por su actitud melancólica y por el abandono con que dejaba fluctuar las bridas sobre las crines de su *oscuro*, con nadie habria podido comparársele con mayor exactitud que con el *Hipólito* de Racine, cuando condenado á la muerte por el Destino salia gobernando sus corceles por las puertas de la ciudad de Tresena.

Levantábase el sol sobre las aguas del Plata cortejado por densas nubes azules, cargadas de la humedad de la noche, como tributo á la ardiente voracidad del soberano del espacio. Algunas cabelleras, á manera de incrustaciones de ébano sobre la superficie del nácar, sobrenadaban voluptuosas al capricho de las olas y traicionaban la aficion al baño matutino y al aire libre, de las hermosas jóvenes, cuyos leves vestidos blanqueaban sobre el verde del *bajo*.

Pues bien, ni el espectáculo siempre nuevo del nacimiento del sol, ni el hallazgo de aquellas Ninfas que eran de realidad y de sonrosadas carnes, no fantásticas como las de los antiguos poetas, fueron bastante poderosos para hacer que el Capitán volviese la vista á su derecha para mirar, arriba, el astro de nuestro escudo de armas, abajo, una porcion casi desnuda del mejor tesoro que entre sus opulencias naturales cuenta Buenos Aires. ¡Tan grande era la preocupacion de su espíritu!

Veamos, consultando los antecedentes, cuál pudiera ser la causa de aquella absorcion mental dentro de sí mismo, de aquella indiferencia por los objetos exteriores mas atractivos que padecia

en aquel momento el simpático jinete del caballo oscuro.

A la edad de veinticinco años largos, que era lo que contaba aquel jóven, habia experimentado ya, dos de las mas nobles emociones que pueden sacudir el alma humana. Discípulo de Fernandez en el colejio de San Carlos y asiduo concurrente á la Celda del Platon del claústro porteño, Frai Cayetano Rodriguez, habia tenido la fortuna de saborear en los idiomas mas hermosos las creaciones de Virgilio y las de los líricos y dramáticos castellanos de los buenos tiempos del reinado de los Felipes. Habíanle entrado al corazon entre torrentes de armonía, los conceptos mas elevados, la pintura de los afectos mas puros, las aspiraciones mas jenerosas, los sueños mas poéticos, los mas hermosos consejos de abnegacion y de desden por las ruidosas pequeñeces del mundo; en fin, el mar entero de grandes é ideales cosas que abrazan y divinizan las musas: habia contemplado lo bello.

Por otra parte, sorprendido por las invasiones inglesas en edad ya de manejar las armas, habia sido de los primeros en enrolarse bajo la bandera de Saavedra en el Rejimiento de *Patricios* al lado de muchos de sus condiscípulos y amigos. De los primeros en las fatigas, de los primeros en el peligro, se señaló en toda ocasion por su disciplina y bravura; pero especialmente en las calles de Buenos Aires, saliendo á recibir, arrojado y destemido la marcha de frente que trajeron hasta Santo Domingo las tropas aguerridas de Whitelocke.

Su corazon habia latido á los nombres de Patria y de honor; el silbo de las balas habia acrisolado su

carácter varonil, y con estas cualidades se presentaba entre los campeones de los nuevos tiempos abiertos por la revolución de Mayo.

Aquella mente y aquel corazón tan colmados, se ahogaban sin embargo, en un inmenso vacío. La gloria, los libros, la perspectiva de los grandes sucesos que se acercaban para ennoblecer nuestra historia, las emociones de los peligros en la lucha que comenzaba, nada de esto era bastante para dar firmeza á la vaga inquietud que atormentaba al alma del Capitán, devorada por una melancolía profunda. Un ambicioso deseo le llevaba hacia horizontes sin término, á que nunca tocaba y que le huían como esos lagos fantásticos que las combinaciones de la luz finjen en nuestras llanuras, allí donde la aridez del terreno es mas grande. Suspiraba por abrazar una impalpable nube que se deshacía en sus ojos como una neblina, tan pronto como su imaginación la dotaba de una forma y de un nombre propio.

Andaba su alma constantemente en busca de un pedazo de ella misma, desprendido sin duda, contra su voluntad, en algún ensueño de una noche luminosa de Estío; y su existencia aparentemente embellecida con todos los halagos de la juventud, del talento y de la buena fama, no era en la realidad sino un martirio causado por invisibles verdugos.

Sonaba la campana de la torre de la Recoleta, llamando á coro á los moradores de sus silenciosos claustros, cuando, inclinando hacia adelante su airoso cuerpo el Capitán, hizo crujir los *bastos* de su apero y tomar el gran galope á su caballo por sobre la verdura silvestre y húmeda de la márgen del

Río. El brioso animal devolvía ardientes por sus anchas narices las auras perfumadas, y moviendo las coscojas del freno, entonaba, á su modo, el himno de orgullo que el caballo de todo valiente dedica á su señor en agradecimiento á la parte que le concede en la victoria. Mas era llevado por su instinto que por la dirección de la rienda; pero como en aquella misma hora había recorrido repetidas veces el mismo camino, conocía los senderos mas llanos y salvaba con hábiles rodeos los pantanos y arroyos formados por la marea. Sin embargo en esta ocasión faltóle á pocas leguas el instinto y tuvo que detenerse de pronto ante un cercado tupido, formado de ramosos árboles de membrillo y de espinosos rosales cargados de las flores que no tienen igual en fragancia.

El distraído jinete volvió en sí delante de aquel obstáculo repentino á su desesperada carrera, y examinando con una mirada el sitio y sus alrededores, descubrió la puerta de una habitación desde la cual le saludaba un anciano de rostro apacible y de cuerpo vigoroso, haciéndole señas que le invitaban á aceptar la hospitalidad de aquel vasto techo sombreado por un ombú secular y por un bosque en que se mezclaban los naranjos, los sauces llorones, las palmeras y las variadas especies de los afamados duraznos de las islas.

El Capitán contestó urbanamente á las demostraciones del anciano, y bajando del caballo que condujo de la rienda hasta el umbral, estrechó la mano del dueño de casa, y ámbos se sentaron en seguida en el estenso tronco del ombú, capaz y agra-

dable canapé para un coro entero de bien nutridos canónigos.

Un negrillo muchacho, se presentó casi al mismo tiempo trayéndo la dulce y fragante preparacion de yerba paraguaya, contenida en un poro renegrido, rodeado de una ancha salvilla de plata, como era de usanza entre la jente rica de aquellos tiempos. La comunidad del uso de la bombilla estableció su acostumbrada familiaridad entre aquellas dos personas que se veian por primera vez; y anudaron una sabrosa y cordial conversacion sobre la fertilidad de aquellos terrenos, y sobre las noticias mas recientes que corrian en la ciudad.

—Feliz vd., decíale el anciano, que ha de llegar á ver el desenlace de la lucha en que nos hemos comprometido con la España; y mas feliz todavia si participa de los peligros que ya desafian nuestros valientes paisanos en el interior. El cielo les proteja! En este mismo lugar en que estamos, he dado mi último adios á Chiclana cuando pasaba al frente de algunas compañías de Patricios ahora pocos meses. ¡Qué hombre tan ardiente y tan lleno de fé! “El pueblo argentino, me dijo al levantarse y tomando ya su caballo de la brida, mostrará que todo es grande y nunca visto en el nuevo-mundo, que sus hijos mas que hombres son héroes, y que saben estimar la libertad en su justo valor, pues han de conquistarla á costa de torrentes de sangre: la mia hierve por derramarse en aras de la Patria.” Mi contestacion, fué darle un abrazo contra el corazon; y al sentir latir el suyo comprendí que aquel patriota tiene una alma tan grande como prócer es su estatura.

—Le conozco, señor, dijo á su turno el capitán: he militado á sus órdenes; es un valiente lleno de serenidad y austero como un espartano. Le he oido arengar á sus soldados, y pocos como él poseen el don de comunicar el entusiasmo. Ama á su país mas que á sí mismo, y deseo vivamente que me destinen mis superiores al ejército para acercarme de nuevo é imitar á ese hombre recto y ríjido como su pluma y su espada.

—Por fortuna, continuó el anciano, no es él el único entre los patriotas que posea esas virtudes. La revolucion ha estallado en su madurez, digan lo que quieran los timoratos y nuestros eternos tutores. Tendrá á su servicio tribunos elocuentes, publicistas acertados, y tantos hombres de guerra como varones cuenta la poblacion del Vireinato....

Estas últimas palabras salieron de la boca del anciano al mismo tiempo que por la décima vez entraba por ella la bombilla de un nuevo mate servido por el negrillo, quien dijo á su amo, mostrando su dentura blanca por entre una sonrisa llena de satisfaccion: “ahí viene la niña.”

El Capitan distraido como de costumbre, tenia fijos los ojos en el agua de un estanque en el cual nadaban algunas aves caseras, entre cuyas plumas vió reflejarse de pronto la imájen vaga de una mujer; especie de aparicion en sus sueños mentales, que le forzó á ponerse súbitamente en pié como movido por un resorte. Con el sombrero en la mano é inclinado respetuosamente quedó cual una estatua delante de la recien llegada, mientras que esta, contestando lijeramente con la cabeza al saludo del Capitan, acariciaba al dueño de casa

dándole con tiernas y sencillas fórmulas los buenos días.

El jóven distraído, pudo decir que en poco espacio de tiempo habia visto nacer dos veces la aurora en aquel día; la del cielo con indiferencia, y esta de la tierra con toda la atención que una alma impresionada comunica á los sentidos que la sirven. Maria, á quien el anciano presentó á su huésped como á su hija única y como al ángel de su consuelo, era, sin exajeración una de esas criaturas en quienes la naturaleza se complace en derroamar todas las perfecciones, así como ha querido dotar al colibrí con todos los colores del Iris.

Aquel hemistiquio de Virjilio que pudiera traducirse así:

con solo caminar muestra que es Diosa,

cuadrábale á las mil maravillas, y Dios sabe, si el aventajado discípulo de D. Pedro Fernandez no lo repitió entre dientes tan pronto como se levantó del asiento del ombú fascinado por el reflejo del estanque.

Alta de estatura, harmoniosa y digna en los movimientos, sobre un busto superior en bellas proporciones á cuanto idearon los escultores griegos, admirábase una fisonomía compuesta de facciones perfectas revestidas con un cútis no igualado por la firme suavidad de las frutas ni por el rosa anacarado de las flores. Si el alma se manifiesta en los ojos, la discreción en la boca, y los rasgos principales del carácter de una persona en la forma de su nariz, puede decirse de Maria que sus afectos debian ser puros y blandos como el peda-

zo de cielo azul, que dividido en dos, formaba sus pupilas sombreadas por largas hebras de seda negra: que sus lábios no eran capaces de pronunciar sinó palabras veraces, sentidas y consoladoras, así como el fruto de la granada no puede destilar sino el sumo grato al paladar que mitiga el ardor de la sangre y nos recuerda la Arabia de los aromas, de la imaginación y del ingenio: que su nariz fina, transparente, bien proporcionada y flexible, al dilatarse y al contraerse, según los movimientos del seno, era la expresión de una voluntad generosa, y de una constancia digna de la criatura destinada á hacer feliz al esposo y buenos ciudadanos á los hijos.

Como marco de este retrato hecho con cariño por la Naturaleza, que es la maestra de los grandes pintores, circulaban en torno del óvalo geométrico del rostro de Maria los caudalosos rizos de su cabello negro y ondeado.

El mejor adorno de una mujer hermosa es su propia hermosura, desnuda de todo afeite y atavio. Maria seguía esta máxima de buena toilette; pero por amor á las flores y por refinado aseo, llevaba entre el ébano de su cabellera varios jazmines recién abiertos, y un vestido blanco, ceñido con una cinta de igual color al de los vivos del uniforme del Capitan.

Esta coincidencia habria hecho de Maria la *señora de sus pensamientos*, en un torneo de caballeros antiguos; pero el candor y los hechizos de esta criatura habian avasallado de veras y para siempre el pecho del valiente patricio, abriéndolo

selo repentinamente á esperanzas y alegrías íntimas que jamas habia experimentado.

Por lo comun, las primeras impresiones de la pasion amorosa son amargas, y proyectan, como el sol al comenzar su carrera, largas y densas sombras. Pero en el caso presente falló la regla jeneral, y la fisonomía melancólica del Capitan se volvió alegre, agolpáronsele las palabras á la lengua, y con esa espontaneidad que tanto realza al talento natural y á la elegancia no aprendida, trabó conversacion con la maga que habia tenido el poder de transformarlo con solo el abrir y cerrar de sus ojos azules.

—Señorita, la dijo, aquí no puedo considerarme como un estraño, ni lejos de mi puesto. Los colores del vestido de vd. son los de mi bandera, y por consiguiente mi honor y mi deber estan en este momento bajo su sombra. Me pongo á los pies de vd. como el mas rendido de sus subalternos.

—Mil gracias, señor Capitan, le contestó sonriendo con agrado la castellana de aquel castillo sin almenas: han hecho bien los patriotas en tomar esos colores por símbolo de sus aspiraciones. Comienzan la redencion de un sepulcro, y en defecto del signo de los antiguos cruzados, nada es mas santo que la imájen del cielo.

—Ahí tiene vd. Capitan á Maria, tal cual es, bachillera y patriota bajo la direccion de mi hermano el clérigo, que se ha propuesto convertirla en el *Eusebio* de Montengon, con faldas; dijo el anciano con un tono equívoco, entre severo y benévolo. Yo soy un estanciero lego, continuó, y

tambien me estoy ilustrando á la vejez, por la fuerza, como aceptaria las viruelas. Creerá vd. Capitan que en esta casa no se puede dormir la siesta? Media hora despues de comer ya tiene vd. al tío y á la sobrina, revolviendo libros y leyendo en alta voz los Mártires de Chateaubriand y las poesias de un tal Melendez, que segun ellos son mas dulces que los caramelos del Café de Márcos. Mi hija no toma la aguja para nada: si vd. le examinara los dedos, hallaria en ellos rastros de la pluma; pero no del hilo de la costura. Amigo, no hay duda que los tiempos han cambiado, y que los tales ingleses, nos han dejado no sé qué, que anda en el aire y penetra con él por todas partes.

Al escuchar estas palabras tan características en su padre, soltó Maria una risa harmoniosa como la flauta de un órgano, y sacando de entre los pliegues de su delantal su mano derecha que parecia un ramito de flores del aire, acarició con ella las mejillas del anciano, dándole al mismo tiempo un beso sonoro en la frente. Movió en seguida los dedos en el aire, y dirijiéndose al Capitan, le dijo: Señor, mi padre es hijo de andaluz y todo lo exagera con su estremada viveza. Aquí está el cuerpo del delito, y me parece que no hay en él nada que se parezca á tinta.

El Capitan enajenado y absorto de tanta discrecion y gracia, se adelantó, tomó la mano de Maria, sin darla lugar á que impidiese esta accion, y estampó en ella sus labios con una veneracion suprema. El seno de Maria se levantó visiblemente como una onda del mar, sonrojósele el rostro hasta la raiz del cabello y miró al atrevido diciéndole

con los ojos: es vd. un audaz. . . . á quien es preciso perdonar porque no está en su juicio.

El Capitan era demasiado discreto y urbano para no poner término á aquella visita al aire libre, cuyo recuerdo seria en él indeleble y ocupacion de todos los momentos de su existencia en adelante. Tomó su sombrero, y alargando la diestra al noble anciano, á quien amaba ya como á un padre, le pidió permiso para retirarse y para tener otra vez la ocasion de visitarle á horas mas oportunas.

—Capitan, le contestó el padre de Maria, el lunes próximo estará aquí mi hermano á quien ha de tener vd. gusto en tratar; hágame vd. el honor de venir ese dia á tomar la sopa con nosotros, y celebraremos con una copa de vino añejo mendocino la amistad que desde luego le ofrezco á vd. con llaneza. Hasta el lunes, pues.

El jóven patricio recibió las riendas de su caballo, de manos del negrilla cebador de mates, y montando con gracia y destreza sobre su *oscuro*, hizo una profunda reverencia á Maria, derramando sobre ella tal corriente del iman de sus ojos negros, que quedó como magnetizada sobre el tronco del ombú, en cuyas ramas se posaron en el mismo instante dos tórtolas silvestres que comenzaron á arrullar sus amores. Maria prestó á aquel canto lúgubre y apasionado mayor atencion que la que hasta entouces le habia concedido, aun cuando las mismas palomitas se acariciaban en el umbral de su ventana; y permaneció pensativa por muchos minutos.

El padre, al volver, despues de asegurada la

tranquera por sus propias manos, la dijo: hija mia, qué te ha parecido nuestro huésped?

—Tiene todo el aire de un valiente y de un caballero; pero es preciso dar tiempo al tiempo antes de decidir sobre si merece ó nó nuestra amistad. Mi tio dice que á los hombres y á los libros no se debe juzgar por el forro: hojearemos el lunes las pájinas del Capitan, á quien sin duda, la naturaleza ha encuadernado con esmero.

Maria trataba de disimular á su padre, con estas formas lijeras de lenguaje, la profunda impresion y los sentimientos nuevos producidos en ella por la persona y la conversacion del gallardo jóven.

El *oscuro* no regresó al pueblo tan dueño de su voluntad como habia ido hasta San Isidro. Las impacientes espuelas del Capitan se dejaron sentir mas abajo de la carona, y el largo cuello del criollo de los Montes-grandes fué mas de una vez herido con la lonja de un rebenque manejado por mano poderosa. El ginete queria marchar tan veloz como eran rápidos en su cabeza los pensamientos que le asaltaban. Habia clavado con la imaginacion la imájen de Maria en el azul radioso de la parte sur del horizonte hácia donde marchaba, y nombrándola un millon de veces en alta voz, la alababa, la adoraba con las espresiones mas ardientes y los conceptos mas poéticos. Todo su ser era como un golfo de contentamiento sobre el cual sobrenadaba su corazon alijerado de su pasada pesadumbre. El porvenir se le presentaba teñido con esos divinos colores que no deshace ningun prisma, que ninguna sombra empaña, y

tiñen hermosamente el alma de los que aman á un mismo tiempo á la patria y á una mujer.

Maria! Maria!! ángel, lucero de mi nueva alba, quién eres? Díme, quién te guardaba escondida entre susurro de árboles y canto de aves para sanar mi tristeza? Quién te ha hecho tan hermosa, pedazo de cielo, garza de lago tranquilo sombreado por sauces que lloran de placer? Sí, tú eres mía. Ay! de quien se atreviera á disputarme tu posesion. Cruz de mi espada, protéjela! . . . Y tú, mi fiel amigo, mi pobre *oscuro* bañado de espuma por el cansancio, ¿asi te pago mi dicha? Tú conoces el nido de mis amores—el lunes me llevarás de nuevo á él.

Estas eran las letanias de amor que entonaba el devoto de la vírjen de San Isidro, mientras galopaba por la alfombra verde que média entre el agua y las barrancas del magnífico Rio.

Apenas el Capitan sacudió el polvo de sus botas y de su vestido, y evacuó los quehaceres del cuartel, dirijióse al convento de San Francisco, y llamando á su porteria se hizo conducir por un hermano lego, á la celda del padre Rodriguez. El enamorado novel ansiaba por derramar su corazon y consultar su estado. Necesitaba que le escuchara un amigo, y ninguno mejor al efecto que aquel que nacido con el alma de poeta, prestaba diariamente oido á los secretos de la conciencia en las rejas del confesionario. La celda del santo varon arrojó al abrirse un perfume suave, emanado de las frutas maduras colocadas sobre la corniza de un ancho estante de libros. Todos los muebles de sólida madera sin pulir, brillaban de

limpieza, y en las desnudas paredes, pendia por único adorno, un cuadro del Salvador, no en la cruz salpicado de sangre, sino envuelto en su túnica de Nazareno con la mano diestra levantada, bendiciendo y aleccionando á las turbas.

El habitante de aquella mansion de paz, levantó su hermosa cabeza, no encanecida aun, de sobre el libro que leia, y reconociendo al que llegaba á su puerta, se adelantó hácia él, le abrazó con ternura y le preguntó: hijo mio, que te trae por aquí á estas horas?

—Aquí llevo, mi maestro querido, para referirle un milagro que se ha operado en mí.

—Un milagro! La Providencia puede hacerlos cuando le plazca; pero la fisica experimental, mi Capitancito, va disminuyéndolos en número, con lo cual cobra mayor dignidad la creencia cristiana: *Nil admirari*. . . . Te escucho.

El Capitan, colocado en un ancho sillón de baqueta oscurecida por los años y el uso, despues de besar la mano del sacerdote, contóle detenidamente, el estado de vaga tristeza en que se hallaba desde muchos meses atras y la causa del inesperado consuelo que experimentaba desde pocas horas antes.

—Hijo mio, dijo el franciscano despues de haber oido con atencion el relato del jóven, te encuentras en una edad peligrosa y los extravios de la sensibilidad pueden ser en tí tanto mas funestos cuanto que estás dotado de un corazon blando y de una mente feliz y cultivada. Estás en la edad de las violentas pasiones, y estas son flores con espinas que no crecen en los terrenos cansados;

buscan, al contrario, los vírgenes y fecundos para ahondar en ellos sus raíces empapadas en jugos venenosos y saludables á la vez. Ellas entran en el alma de tropel y la conmueven y enturbian y la llevan, como una arista el pampero, por todos los campos de la ambicion, por todas las sombras bajo las cuales se sueña lo imposible, por entre las nubes de falsos cielos, hasta que, si no las subordina la razon con la ayuda de la doctrina de Jesus, nos hunden en el abismo del remordimiento, que es la imájen terrestre del infierno de la otra vida. La sabiduria única que no infunde risa, es la que consiste en dar direccion á esas fuerzas que solicitan con tanta violencia nuestra alma, asi que se siente señora de sí misma. Sofocarlas del todo es un error y una contravencion de las leyes morales á que estamos sujetos los hombres. Por eso no te diré que las apagues como luces, sino que las mitigues como á llamas que pueden devorarte. Toma la rienda de tu ambicion, por ejemplo, y encáminala á sobresalir por tus virtudes entre tus compatriotas, por tu contraccion al deber, por tu abnegacion al frente de los enemigos que nos disputan nuestra independencia lejitima. Guarda el ódio para ejercitarlo contra los perversos sin arrepentimiento, contra los hipócritas, y los avaros estériles de corazon que solo viven para su egoismo.

Pero tú, por fortuna, te encuentras ya libre de las garas de esas enemigas de tu felicidad y de tu honra, puesto que han cedido todas á la mas poderosa y noble de entre ellas,—á la pasion del amor, despertado en tus entrañas por una muger

que crees digna de tí y capaz de custodiar tu nombre. El amor es el sol de los seres creados: para todos es igual y á todos vivifica. *Amor omnibus idem.*

El corazon sin amor es el corazon de un cadáver. El sacerdote lo transforma en caridad y lo derrama entre los pecadores como el vino y el óleo de la Samaritana. El hombre del mundo, como tú, destina de él la parte mas activa para conquistar el afecto de una muger y para abrigar á su calor los hijuelos frutos de un santo y legitimo matrimonio.

Si Maria fuese como me la has pintado, digna es sin duda de tu amor. Ámala, ámala mucho, á ella sola, "entre todas las mugeres", en todas las circunstancias, especialmente cuando padezca, y aun cuando (*quod Deus avertat*) una enfermedad inesperada viniese á desmejorar sus atractivos.

Tus facultades sensibles vagaban antes inciertas y como á obscuras en busca de un objeto en que fijarse, y por esa razon traías inquieto y desabrido el espíritu. Ahora ya has encontrado el blanco de tu cariño, y desde que diste con él has recobrado la calma de que por fortuna vuelves de nuevo á disfrutar.—Hé aquí, hijo mio, con cuanta facilidad se esplican los misterios y "milagros" de nuestra pobre naturaleza. Estás enamorado, esto es todo. Sé virtuoso, para que el amor no te muestre nunca el lado negro de sus alas. Haz de Maria una esposa tan pronto como te sea posible; yo les echaré las bendiciones y seré de los primeros en acariciar á tus hijos que serán mis nietecitos en espíri-

tu. Que tus amores sean tan puros como la auro-
ra en que han nacido.

Después de escuchar este razonamiento tan lle-
no de caridad y de filosofía, el Capitán estrechó
al excelente fraile sobre su corazón, bañándole el
venerable rostro con dulces lágrimas, y salió de
aquel lugar de consuelo más ennoblecido, más va-
liente y más enamorado.

Apesar del insomnio de aquella noche, cuando
á la mañana siguiente se presentó el cautivo de
la chacarera al frente de sus soldados, comenzaron
unos á otros á preguntarse: qué tiene nuestro Ca-
pitán que parece mejor mozo, más arrogante y
más cariñoso que de costumbre? Brava pregunta
observó un sargento que pasaba por oráculo en la
compañía,—le habrán prometido el grado de ma-
yor, y está dentro de sí celebrando sus pascuas y
vislumbrando sus charreteras.

Lo cierto es que el Capitán se apartó de sus su-
bordinados, dejándoles más afectos á su persona
y más dispuestos á obedecerle. Es que los destel-
los de la satisfacción interior, son los hilos con
que se teje la red de las simpatías, y el Capitán
estaba satisfecho y se consideraba afortunado.
Felicidad es consonante de bondad, y solo los
buenos por excelencia, han merecido en las leyen-
das de los santos el título de *cazadores de almas*.

Pero, sin embargo de la expansión que había
tomado el ánimo del enamorado de María, era es-
te de carácter tan selecto, que sentía como rubor
en hacer á los estraños testigos de una felicidad
que no podía disimular, y parecíale sacrilejio y
comportación de mal caballero, el disipar su alma

en la atmósfera de la sociedad teniéndola llena de
los perfumes de su idolatrada. Encerrado en su
casa durante el día, solo salía á respirar aire más
libre, en las noches, dirigiéndose de preferencia á
los poyos de la alameda en donde pasaban para él
las horas sin sentir las, contemplando el cielo retra-
tado en el cristal del río, y recorriendo con el
pensamiento el camino que conducía á San Isidro.
Entregado á sus dulces imaginaciones no se encon-
traba capaz de abandonar aquellos lugares hasta
que el reloj de Cabildo sonaba la última campa-
nada de las doce, y las velas de los faroles com-
enzaban á bostezar en sus mecheros de lata. El
resto de las horas hasta la madrugada, también le
perteneían á María. Cuando la luz natural amor-
tiguaba la de la lámpara del enamorado, sus ra-
yos alcanzaban á enjugar la tinta fresca de los
precipitados renglones en verso de toda medida,
en que el Capitán había exhalado su amor, su fe-
licidad y sus esperanzas.

Así se pasaron las noches y los días que media-
ron entre la primera y la segunda visita del Ca-
pitán á la chacra encantada de *la Costa*.

Apenas amaneció el día lunes, cuando ya estu-
vo en pie el *Asistente* ocupado en acepillar el uni-
forme, en bruñir los estribos, y en aperar con es-
mero el caballo oscuro del joven patricio, mien-
tras que este, apoyado en la reja de un balcón,
dirijía, con una que otra palabra, aquellas opera-
ciones caseras que se hacían bajo los corredores
del segundo patio de un solar heredado de padres
en hijos desde el repartimiento de Garay.

En fin, en hora conveniente abrióse de par en

par el porton travieso de la casa, y nuestro gallardo Capitan, vestido con mayor esmero que de costumbre, tomó la direccion que ya conocemos. Pasó bajo el arco de la Recoba, el centinela del baluarte de la Fortaleza le saludó echando el arma al hombro, y siguió por la márjen del Rio, tratando, en cuanto le era posible, mantener su caballo sobre *el verde* para evitar el polvo y para no caldear los vasos del oscuro favorito.

El cielo estaba nublado y la mañana fresca y húmeda. Varias mujeres de color, agobiadas bajo el peso de sus bateas de ceibo, rebosando de ropa usada, descendian por las abras de las barrancas, y los patos de laguna se levantaban en bandadas para dejar libre á la espuma del jabon, el lugar que en la noche habian usurpado á los "pozos de las lavanderas." El paisaje, velado por una neblina ténue, daba cierta gracia misteriosa á la forma de los árboles, á las alturas, á los animales, y las aguas se negaban á reflejar, por feas, á las nubes parduzcas que ensuciaban envidiosas la faz del cielo. Pero, ¿qué le importaban al Capitan estos pormenores de la naturaleza dignos de la atencion de un artista? El paisaje, segun lo ha dicho alguien que lo entendia, no está fuera sino dentro de nosotros, y en el interior del ginete del *oscuro* no habia ni cabia otra cosa que la imájen de la hermosa costera.

Pensando constantemente en ella, llegó aquel á la chacra como á las once de la mañana, anunciándose, antes que con su propia voz, con el relíncho sonoro de su caballo, á cuyas narices habia llegado el olor de la flor de alfalfa de los potreros vecinos.

Aquella habitacion de recreo, estaba situada sobre la barranca, dominando los *bañados* y en el centro de un terreno plantado de árboles y de bosquecillos de flores hasta la misma orilla del ancho corredor sostenido por maderas labradas del Paraguay. Este corredor, escelente reparo contra la intemperie, rodeado de bancos de material, circundaba todas las habitaciones techadas con tejas rojizas. Las puertas daban á él y tambien las ventanas, en cuyas rejas se enmarañaban los mimbres de variadas y floridas enredaderas. Las flores del aire-blancas, en cantidad infinita, formando figuras regulares y festones, ocupaban los espacios dejados en las paredes por las puertas y las ventanas y perfumaban el aire con esa fragancia tan esquisita como pasajera que todavia no sabe imitar el arte del destilador, ni del perfumista.

A la puerta de la sala que correspondia al mojinete, recibieron al Capitan, el padre y la hija que ya le conocian, y un venerable y urbano sacerdote como de 50 años de edad á quien fué inmediatamente presentado.

Esta vez no se habria atrevido el apasionado de Maria, como en la primera visita, á tomarle la mano y á besársela: una reserva sijilosa se habia apoderado de él en presencia de aquella criatura á quien tanto amaba, y se sentia torpe en la lengua y como abandonado de su ingenio, fértil de costumbre en asuntos de conversacion y en rasgos de buena sociedad. Sin embargo, las pocas palabras y saludos que se dirijieron recíprocamente ambos jóvenes, mostraban á las claras cual era la situacion de aquellos corazones, y á pesar del embara-

zo que sentian para comunicarse ante testigos, se advertia bien que si el *patricio* habia pasado sus dias pensando en su amada, la *patriota* no lo habia echado en olvido ni por un segundo de tiempo. Aquellas dos almas se entendian, como que ya habian dialogado largamente, por medio de ciertas conocidas corrientes eléctricas, que son desde la era de los Patriarcas el telégrafo de los que se quieren bien.

—Capitan vd. está en su casa, y en su casa de campo; por consiguiente escuse vd. los cumplimientos, dijo el padre de Maria tomando el sombrero y el rebenque del recién llegado y colgándolos á una percha destinada para este objeto. Aquí ciframos la etiqueta en proporcionar libertad por entero á las personas que nos honran con su visita. Cuando vd. se canse de nuestra charla, ahí está una vihuela sobre ese clave, y si no es vd. aficionado á la música, como no lo soy yo, tendré mucho gusto en mostrar á vd. mis injertos de frutales de Europa, y los árboles exóticos que he hecho venir de Jujui y de Tucuman: son admirables. Tampoco le interrumpiremos á vd. si quiere entregarse á la lectura; á bien que no faltan libros;—y señaló con la mano la puerta abierta de una habitacion en cuyo centro se veia una gran mesa de escribir cargada de volúmenes de todo tamaño.

—Mil gracias, señor. Estoy seguro de que ha de parecerme corto el dia para gozar de la conversacion de vds: el aburrimiento no puede presentarse aquí donde hay tanta luz, tanta verdura y tan esquisita hospitalidad. Creo que el ideal de la vida consiste en cultivar un campo propio, sin abando-

nar el cultivo de la intelijencia. La Nobleza del porvenir ha de tomar por escudo de armas un arado y un libro, entrelazados con un gajo de palma.

—Amigo mio, está vd. traduciendo mis sentimientos (esclamó con viveza el clérigo de la casa) y haciendo al mismo tiempo el mas cabal elogio de los buenos resultados de nuestra educacion clásica. ¿No es verdad que nada predispone tanto á amar los campos y sus faenas, y la "mediocridad dorada" del filósofo, como las obras de Virjilio y de Horacio? Y mire vd., Maria piensa como nosotros dos: su lectura favorita es en fray Luis de Leon, que como vd. sabe ha imitado con tanto acierto las bucólicas del primero de aquellos poetas.

—Señor Capitan, señor Doctor en Cánones, dijo, tomando su ancho sombrero de paja el dueño principal de la chacra—ya se han entrado vdes. en un campo que yo no labro: con permiso de vdes. me ausento por corto tiempo, porque el capataz espera mis órdenes para despachar al pueblo unas carretas con leña: hasta de aquí á un rato.

Entre tanto, Maria, tenia pendientes los oidos de las palabras del Capitan, mientras examinaba con aparente distraccion unos cuadernos de música que acababa de recibir de España. Por su parte, el huésped feliz, no apartaba un momento la vista del cuadro encantador que le presentaba aquella jóven, vestida como la primera vez que la vió, de blanco y celeste, reclinada sobre el clave, talareando en voz baja la música que recorria y dejando que sus rizos negros jugasen resaltando sobre las blancas pájinas de los cuadernos.

Así que ella advirtió una interrupción en el diálogo que sostenían los dos aficionados á las letras latinas, volvióse hácia ellos, y mostrando las perlas de su boca, tímida, pero con despejo, les preguntó con afable sonrisa, si desearían matar el tiempo escuchándola un romance moderno que había estudiado la noche antes. El tío le manifestó su aprobación con la complacencia de su semblante, y el joven enamorado con un ademán de rendimiento en el cual vió claramente María que el Capitán no tenía otra voluntad que la de ella.

La cantora no quiso aceptar la silla que este le ofreció y se mantuvo en pié en el ángulo de la mesa del clave, sobre la cual colocó verticalmente la guitarra, adornada con embutidos de nacar y de ébano, de cuya materia eran también las clavijas en que se apoyaban los dedos más blancos y mejor torneados de este mundo. A los primeros arpeggios de la vihuela, un pintado jilguero que trina en una jaula de alambres, calló repentinamente, y el Capitán sintió húmedos sus ojos de entusiasmo y conmovido el corazón hasta en las fibras más ocultas.

María levantó sin afectación sus ojos azules, y en aptitud como de escuchar una lección del cielo, cantó el prometido romance con voz deliciosa, con sentimiento é inteligencia. Apesar de sus esfuerzos para no dejar traslucir sus emociones, dió las últimas notas, no con la garganta, sino con el corazón, haciéndolas temblar á par de las cuerdas, como trinos de ruiseñor en la media noche. Sus ojos vagos y recojidos entre sus largas pestañas, trataban en vano de disimular las chispas de dia-

mante con que las sensaciones del alma los humedecían, y el color de sus mejillas se había ido poco á poco apagando como el de una rosa que se marchita al calor.

Temblaba el Capitán en su asiento, y aparentando enjugar con su pañuelo de cambrai la transpiración del rostro, lo empleaba en realidad en recoger las lágrimas que sin poderlo remediar derramaba copiosamente.

El discreto sacerdote, hombre bondadoso y sensible, estaba también conmovido ante aquel espectáculo interesante, porque sin duda, ninguno lo es tanto como el que presentan dos almas jenerosas y puras que se encuentran por la primera vez, después de haberse buscado largo tiempo con ansia en sus aspiraciones á la felicidad. Conociendo el embarazo y la turbación de los dos jóvenes, tomó un tono ligero y jovial, y exclamó: bravo! bravo! has estado inspirada, María. Pero ¿no es verdad Capitán, que nada tiene de propio el argumento de la letra de ese romance, cuya música no deja que desear? Ese caballero cruzado que va á la guerra de Palestina, llora demasiado la separación de la mujer que ama, siendo así que la gloria y la religión, que son dos hermosuras eternas, le piden el auxilio de su espada. Podía vd. encargarse de corregir esos versos, apropiándolos á las circunstancias: vd. es militar y poeta y se desempeñará á nuestra satisfacción. Vamos á dar una vuelta por el jardín para que nos sentemos á la mesa con el ánimo alegre y con buen apetito.

María que también deseaba mirar el cielo y las flores, saltó como una mariposa desde el umbral

de la sala hasta la arena lisa de una calle formada de rosas de todo el año y de mosquetas blancas, crecidas á la sombra de la parra que techaba aquella calle en toda su estension de cien varas. La madre-selva, de fuerte y voluptuosa fragancia, enredaba vigorosa sus ramos sensuales á los pilares que sostenian el emparrado, convirtiéndolos en árboles vivaces. Varias de estas calles, como diagonales de un vasto cuadrado lleno de arboleda frutal, iban á juntarse en la circunferencia de un círculo, formado alternativamente de palmas de las islas, y de naranjos y limos poblados de hojas en todas las estaciones. Los penachos de los palmeros, á manera de brazos de gigante, se estendian hasta unirse por encima de las copas redondas de los naranjos, mezclando con agrado de la vista los variados matices que resultan de la combinacion del verde subido y del amarillo pálido. Del suelo de este círculo levantaban sus vástagos y sus cálidos perfumes las plantas de resedá, de heliotropo, de toronjil y de tomillo, formando una atmósfera cargada de las esencias del Paraiso. Varios bancos de madera apoyados contra los troncos ofrecian descanso á los que paseaban el jardin.

Cuando el Capitan tomó asiento en uno de ellos, estaba materialmente embriagado con las exhalaciones fragantes, y loco de amor. Maria durante la caminata, habia desplegado delante de él todas las aptitudes de una gacela suelta en los prados, y al tomar las flores en sus dedos agudos como el marfil de los picos de las aves, habria merecido que se la comparase con el colibrí cuando bebe el almíbar de los azahares. La agitacion al

aire libre y la satisfaccion interior daban realce á su hermosura, y ella lo conocia. La luz del campo comunicaba reflejos de ópalo al azul de sus ojos y tornasoles de oro á sus cabellos lustrosos. Habia echado de sí completamente la anterior turbacion y la timidez, y conversaba alegre y cantaba y reia, miéntras sentada entre su tio y el Capitan que le sostenian el buen humor, tejia una corona de flores (al rededor de una ramita de laurel) con las cortadas por ella en el paseo, de las cuales trajo colmada la falda y recojida de manera que formaban sus brazos como las dos asas de un canastillo.

—Observe vd. Capitan el gusto artístico con que Maria casa los colores, dijo el sacerdote, con cierta complacencia de maestro.

—Rato há que admiro ese talento; pero esta señorita hace algo mas que matizar con gracia los colores: veo que no descuida ni las formas ni el olor, de manera que sus ramos han de ser tan armoniosos para la vista como simpáticos para el olfato.

—Capitan, contestó la tejedora de flores, pensaba no hacer partícipe á nadie de mi cosecha pues destino esta corona para rodear con ella la jaula de mi jilguero; pero voy á hacerle a vd. un ramito en agradecimiento por la leccion que acabo de recibir de vd.

—Las flores saben hablar, señorita, y las que vd. me ofrece me recordaran que he pasado hoy el dia mas feliz de mi vida—replicó el favorecido, tomando con profundo agradecimiento el ramillete que le presentaba Maria.

—Será un recuerdo tan efímero como el regalo

—Será tan duradero como mi existencia, replicó el Capitan bajando la voz para que solo llegara á los oídos de Maria. Esta se sonrojó un tanto, no contestó una palabra, y se dió prisa á cubrir con unos grandes pimpollos de rosa criolla la parte todavía desnuda del gajito circular de laurel. He concluido la tarea, dijo algunos minutos despues. En seguida pasando la guirnalda por la cabeza y el brazo izquierdo, y cruzándola sobre el pecho, añadió: señores marcha de frente que debe esperar-nos mi padre para que nos sentemos á la mesa.

—Marchemos, mi señora sobrina la Amazona, le contestó el doctor, colocándose al lado del huésped y marchando jovial á la manera de los soldados: Capitan vamos á una batalla sin peligros.

—Yo, señor, contestó el enamorado, que como tal lo tomaba todo á lo sério, yo arrostraría los mas grandes á las órdenes de nuestra heroína. Comprendo en este momento cómo fué que una gran parte de mis jóvenes compañeros de armas de 1807 pudieron ver entre el humo de la pólvora á la vir-jen del cielo que les protegía: divinizaban á la mortal que cada uno llevaba en el alma apasionada como un talisman y un consuelo.

—Señor Capitan, observó el tío de Maria;—como á poeta le perdono á vd. la interpretacion del milagro; pero como católico que soy no puedo consentir en él. Me inclino mas al "romance de Rival-rola", que á la prosa de vd. sobre el particular.

Maria habia prestado una gran atencion á las palabras llenas de novedad del Capitan, y habia sentido latir su corazon y movérsele con violencia como en direccion hácia aquel joven de quien por

momentos se iba apasionando mas y mas. El tío, advertido de estas impresiones habia tratado de desvanecer aquella que pudiera hacer trepidar á la sobrina en sus creencias, sin dejar por eso de con-venir en el fondo con la sagaz y poética conjetu-ra espresada por el intelijente huésped.

En estas pláticas, y siempre Maria al frente, con su gracia y su guirnalda convertida en estandarte de amor, llegaron á las habitaciones en el momento en que el dueño de casa, despues de despachar las carretas cuyo chirrio se oía ya distante por el ca-mino de arriba, andaba buscándolos para introdu-cirlos al comedor.

—Mis amigos, les preguntó, señalándoles la puerta de éste, ¿qué tal ha estado el paseo? Pero vamos á la mesa y en ella me dirá el Capitan, con franqueza, qué le parecen mis jardines granadinos.

Tomando el huésped el asiento que le estaba destinado y desdoblado la servilleta, paseó sin curiosidad la vista por el centro de la mesa, y con-testó á la interrogacion del padre de Maria colo-cado frente á él:—El elojio de los jardines de vd. lo están haciendo ahí, con toda la elocuencia de sus matices y perfumes, las flores que llenan esos gran-des vasos. Y tan hermosas son, que no temen la rivalidad de esos frutos agrupados al pié de ellas como proyectiles de guerra. En cuanto á la dis-tribucion del terreno, me parece sencilla, así como único en su especie, aquel magnífico cenador cen-tral formado con las dos especies de árboles que mas se diferencian por la forma. Con razon llama vd. "granadinos" á sus huertos, porque esta idea de entrelazar el árbol del desierto al de los azaha-

res, ha debido venir hasta vd. entre la sangre andaluza de su familia paterna. Puede ser tambien sujerida por el mas milagroso de los instintos. Vd. tenia la conciencia de que merecia ser feliz, que debia ser padre y que habia de darle el cielo una hija digna de vivir en el Eden, y vd. adelantándose á los tiempos, tuvo la feliz inspiracion de construir esta habitacion y de plantar estos jardines como para la señorita Maria.

—Eso es, señor Capitan, una jaula de mimbres pintados, bien sahumada, como para una cotorrita, dijo esta interrumpiendo con presteza al agudo discípulo de D. Pedro Fernandez: pues sepa vd., añadió, que mas de una vez desciendo al bajo y me acerco bien á los juncos, hasta humedecer los piés en el agua, para tomar á mis anchas el olor silvestre de los camalotes, hastiada de aspirar el de los claveles y madre-selvas. Y con mayor frecuencia, tomada de la mano de mi tio, me ando por ahi de rancho en rancho, con mi pan en el bolsillo, comiendo churrascos revolcados en la ceniza del fogon de los cegadores de las Lomas. Si viera vd. qué buenas son esas jentes y cuánto me aman! Por supuesto que siempre es para mí el mejor asiento, es decir, la cabeza de vaca mas entera... y la bombilla de lata menos abollada. Así, vd. vé, Capitan, que esta avecilla se contentaria con cualquier jaula, con tal de gozar en ella aire bien libre y que la dieran el alpiste con gracia y cariño.

El tio, mientras duraba este rasgo espontáneo del carácter encantador de la sobrina, se sacudia de risa y derramaba en los manteles, sin poderlo evitar, el vino que servia en las copas para asentar

el primer plato. Al pasar la botella por sobre el cubierto de Maria, dijo, haciendo el ademan finjido de llenarle el vaso: *vino puella fuget.*

—Eso es, tio amado, écheme vd. latines y econome su nectar de Mendoza, que no ha de ser tan puro ni sabroso como este de color de crisólitas que nos manda el Paraná con el viento Norte. Y diciendo esto, levantaba Maria á la altura de sus pupilas celestes, el cristal lleno de agua.

Los postres, que consistian en compotas de membrillo y ciruelas, hechas bajo la direccion de Maria, fueron muy elogiados por el huésped, cuyo paladar era voto, como de persona bien creada.

—No se imagine V., Capitan, dijo el padre de aquella, que mi hija cuide solo de nosotros. Tiene tambien una familia particular para la cual destina un plato que no ofrece á nadie.

—No creo que vdes. tengan envidia del manjar de mis protejidos que consiste en miel silvestre de las islas. Y diciendo así alzó de sobre un extremo de la mesa, una ancha copa de cristal pintado, con asas y pié de plata, y salió al corredor seguida de los ancianos y del Capitan, curioso por saber para quién destinaba aquella Hebé costera la ambrosía que llevaba en la mano derecha, mientras con los dedos de la otra hacia un lijero castañeteo como llamando á los espíritus del aire. Adelantó algunos pasos bajo el emparrado, é imitando suavemente los pios del reclamo de las aves pequeñas, movió la copa sobre su cabeza en todas direcciones, como trazando un círculo mágico acompañado de signos de conjuro.

El Capitan, fuera de sí, y sin poder contener los

pies sobre las baldosas del corredor, como si fuesen las del suelo de un horno encendido, dirijase hacia la hechicera, cuando esta le detuvo, observándole que en aquella operacion no podia intervenir ningun profano.

Al mismo tiempo comenzó á poblarse el aire que circundaba la cabeza de Maria, con una nube de pica-flores de todo tamaño, zumbando, temblando, y luciendo los tornasoles metálicos de sus inquietas alitas. Ni las mariposas del trópico en torno de una rosa musgosa, ni la lluvia de fragmentos de flores sobre una paloma blanca recién bajada del nido á beber el agua de la aurora, tienen punto de comparacion con aquella maravilla real superior á las invenciones de los artistas. Las avécitas rumorosas revoloteaban entre los rizos de su protectora y le acariciaban la frente con el vientecillo que hacian al volar, y bajaban despues á posarse al borde de la copa, en cuyo líquido sumergian la lengua aguda y prolongada como el pístilo de las flores de que se alimentan.

Esta escena duró como un cuarto de hora, durante cuyo espacio de tiempo, el semblante de Maria, sério, reflexivo y aun nublado con un ligero velo de tristeza, contrastó con la brillante alegría de los seres que la rodeaban. Un no sé qué de santa presintiendo el martirio, se esparcía sobre su fisonomia, y la rueda de los colibri remedaba sobre su cabeza la aureola de beatitud que conquistan las mujeres célebres por la constancia en su fé.

Por último, la cazadora de aves con liga de miel, arrojó al aire la que quedaba en la copa; y como si

hubieran saltado las gotas del líquido transformadas en rubís, en esmeraldas, en topacios, en granates, en conchillas de nácar y en pepitas de oro, se dispersaron bulliciosos y deslumbrantes aquellos preciosos pajarillos, creados en el mismo instante en que la naturaleza sembró en los bosques argentinos la semilla misteriosa de la flor-del-aire.

Cuando Maria regresó hacia el corredor, traia el sol de la tarde á su espalda y proyectaba una sombra fuerte y prolongada sobre la arena en que caminaba con paso lento y solemne, como si se sintiera fatigada de cuerpo y de alma. Aquella sombra tocó primero los pies del Capitan, colocado en el centro del corredor, y poco á poco fué cubriéndolo hasta la cabeza. El jóven enamorado, esquisitamente impresionable, se conmovió como una sensitiva y todos sus poros se abrieron como para recibir de nuevo la vida; pero esperimentó al mismo tiempo una sensacion ingrata cuya causa se esplicó mas tarde á solas, con profundo dolor.

Todos sus sueños, desde el primer momento en que conoció á Maria, consistian en contemplarse feliz en lo futuro, unido para siempre á ella, con vínculos sagrados. En sus desvelos escogia el título de "esposa" para juntarlo al nombre de su preferida en las infinitas veces que la invocaba. Aquel contacto casual de la sombra de ella, con el cuerpo de él, hábale parecido inopinadamente, un presentimiento de desgracia, representándole como una ilusion, como el abrazo de una sombra, la posesion de su idolatrada Maria.

Si estas ideas, vagas y sin sentido todavia para quien las formaba, causaban la melancolia del jóven

en aquel sitio verdaderamente encantado ¿por qué razon la gentil y espiritual niña, rodeada del amor de los hombres y hasta del de las aves, y de todos los bienes del mundo, estaba tambien mústia y entristecida?

—Vaya, Maria, díjola el tío, advirtiéndole esta situacion de ánimo en su sobrina: pensativa has quedado; ¿qué te han dicho tus pajaritos?

—Muchas cosas tío.

—Muchas cosas! Pero, veamos cuales son, que no todos, como tú, entendemos el idioma de los habitantes del aire.

—Qué curioso es V! Si me pusiera á traducir mi conversacion con los colibri, disgustaria á mi Señor Padre, y le confirmaria en la idea de que soi una visionaria.

—No, hija mia, habla, habla. Quisiera que el Capitan pasase un buen rato oyéndote soñar despierta, como acostumbras. Yo tambien tengo curiosidad de saber lo que te han dicho esta tarde esos bribonzuelos que se embriagan con miel; le replicó su padre con el tono mas afectuoso.

—No, no, mi padre; otra vez, otra vez será. El Sr. Capitan tiene que retirarse porque ya es tarde y el caballo le espera en el palenque.

—Señorita Vd. me despide con mucho ingenio, le contestó el huésped; pero tiene Vd. razon de estar cansada de mi silencio contemplativo. La felicidad y la admiracion, cuando son verdaderas, son mudas.

—Es verdad; tampoco hacen ruido los vasos llenos—y los corazones colmados de sensaciones,

no hablan—Yo me retiro; adios Señor Capitan, sea Vd. feliz.

—Vé Vd. Capitan, asi es mi Maria, incomprendible; le dijo el padre, luego que la hija llegó á la puerta del fondo de la sala á cuyo umbral se encontraban; yo la comparo á su clave cuyas teclas dan sonidos alegres como castañuelas y tristes como dobles de honras. Pero, eso sí, contenta ó entristecida siempre es buena y amorosa conmigo, con su tío, con todo el mundo. No tome Vd. á desaire su ausencia anticipada: antes de llegar Vd. me decia: es preciso que tratemos bien al Capitan para que nos visite con frecuencia. Y como sus deseos son leyes para mí, Capitan, espero que no dejará Vd. crecer los *yuyos* en el camino que nos separa, al menos mientras dure la buena estacion.

El Capitan lo prometió asi y se despidió de sus nuevos amigos con las demostraciones mas sinceras de estimacion.

Encerróse Maria en su aposento, abriendo de par en par las ventanas para que el aire libre y el ruido de los árboles se asociaran á las sensaciones que la embargaban. El peso del alma abatia sus miembros, y apenas tuvo aliento para desceñirse el cinturon, soltar sus trenzas y reclinarse en los almohadones de un sofá. Allí permaneció mas de una hora, inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en el confin del horizonte en donde se juntaban las nubes del cielo y las olas un tanto inquietas del Rio. La firme concentracion de su mirada y los movimientos frecuentes del leve cambray que la cubria el seno, decian claramente

que meditaba y sentía, y que en su cabeza y en su corazón se daban cita para resolver el problema de su felicidad, todas las fuerzas morales de aquella criatura inteligente y afectuosa. En semejante situación, juntábase en María cuanto la mujer puede presentar de encantador y cuantos atractivos dieron en el mármol los antiguos artistas á las diosas en quienes creían: el divino Rafael se habría echado á sus pies suplicándole que se prestase á ser modelo de una Vénus cristiana. Pero el arte humano condenado á vivir de la ramera imitación, estará eternamente privado de contemplar y de copiar cuadros que solo se presentan entre misterios á los ojos de Dios, como se presentaba el de María á la media luz de la tarde.

María se sentía transformada, y á veces se palpaba á sí misma creyéndose otra, sorprendida de sentir y de imaginar cosas que jamás, ni en sueños, había concebido. Por el instinto y la lectura adivinaba la existencia de lo que se llama "amor;" pero los libros que le permitían frecuentar, hablaban de este sentimiento en lenguaje trivial, risueño, análogo á aquella gastada imagen del niño ceguezuelo que hiere los corazones con flechas doradas y aprisiona con grillos de rosas.

Mientras tanto, ella se sentía iniciada repentinamente en un gran misterio. Las ideas risueñas é infantiles huíanle como sus colibrí dispersos, para dar entrada en el alma que antes ocupaban sin rivales, á los pensamientos graves, á la contemplación del porvenir, á la idea de otro mundo doméstico en que no figuraban solos su padre y su

tio. Parecíale que estos no eran ya suficientes para llenar todas sus aspiraciones, para sostenerla en el camino de la vida, para hacerla dichosa, en fin, porque la noción de la felicidad se le presentaba bajo diferentes condiciones que antes. Hasta allí había sido dueña de su imaginación, la que, sana y sin nublados, paseaba á su arbitrio y sin rémora por los objetos de su elección; y su inteligencia, como una cera, se amoldaba y contraía sin obstáculo á las materias más variadas. Ahora, una sombra con forma determinada y con nombre propio, venía sin ser llamada á colocarse, no solo delante de sus ojos, sino delante de todas sus ideas, distrayéndolas y dándoles siempre una misma dirección. El susurro de las hojas y el canto de las aves, eran para ella la voz de aquella sombra; las nubes del poniente tomaban para ella la forma de la misma sombra, y hasta la de su cuerpo la sorprendía creyéndola la imagen real de aquella visión de todos sus instantes. Cuántas veces no se ruborizaba al advertir, que tendía los brazos maquinalmente para estrechar su ilusión, y cuando sintiéndose desfallecida de ánimo buscaba en esa misma ilusión un apoyo, y pretendía reclinarse en ella!

El más poderoso de los sentimientos, enseñoreado de María, desarrollaba en ella las facultades poéticas que constituían casi exclusivamente su naturaleza. Dentro de ella resonaban las estrofas armoniosas de un poema que ninguna pluma ha acertado á escribir; y para que nada faltase á su perfección, la melancolía guiaba el ritmo y daba sus penumbras á ese poema concebi-

do en aquellas entrañas de Musa. La producción de su alma se fué de este mundo con ella, porque hay concepciones que por demasiado bellas no pueden representarse con palabras. Pero algo podrá traslucirse de la obra por las acciones de la poetisa.

Cuando interrumpió su meditación, encendió dos bujías de cera perfumada, y las dos llamas rosadas iluminaron un cuadro al óleo que representaba la subida al cielo de la Virgen, llevada entre nubes sobre las alas de una multitud de ángeles. Maria oró delante de aquella imájen, heredada de su madre, y en seguida, acercándose á una cómoda de jacarandá tallada á cincel é incrustada en nacar, sacó de una de sus numerosas gavetas varios útiles de costura y se puso con precipitación á plegar en forma de círculo la franja de seda celeste que habia llevado de cinturón durante las dos visitas del Capitán. Aquella prenda de su vestido se transformó entre sus dedos, en una elegante *cucarda*, que era por aquellos tiempos el distintivo de los amigos de la revolución. Cada pliegue, cada puntada de aquel talisman patrio, representaba un pensamiento, una aspiración, un suspiro de Maria, cuyo corazón habia tomado tanta parte en la labor de su aguja que quedó como si hubiera subido la falda de una montaña, y se arrojó sobre el sofá en donde de nuevo se sumerjó en sus reflexiones. Estando así, acertó á entrar por una de las ventanas una de esas ráfagas locas que soplan en la alta noche, y se produjo en el silencioso aposento un sonido vago y armonioso. Maria tembló como una sensitiva. Parecióle oír una voz que la

saludaba, suplicándola hiciese sonar la suya; porque el viento habia producido aquel ruido, sacudiendo la caja de una guitarra que pendía de la pared á la cabecera del sofá. Púsose en pié y echando ansiosa la vista por la oscuridad de los jardines, descolgó el instrumento, apagó las luces que aun ardian frente á la imájen de su devoción, y exhaló su duda, su amor y su melancolía, cantando una canción cuyos versos y música nadie le habia enseñado. Hé aquí esa especie de globulillo de aire, que se escapó de entre sus dedos, teñido con los ténues é indeterminados colores de la melancolía :

Sombra de mi día
Nube de mi sol;
Era una esperanza,
Corrí de ella en pos,
Y al ir á gozarla
Nada se volvió;
Cual sombra en el día
Cual nube en el sol.

Sombra de mi vida
Nube de mi sol,
Figura velada
De triste crespon;
Malhechora Maga,
¿Por qué oscureció,
Tu sombra mi día,
Tu nube mi sol?

Sombra de mi día
Nube de mi sol;
Imájen que pasas
Diciéndome adios;
¿Por qué despiadada
Tu aliento sembró,
De sombras mi día
De nubes mi sol?

Sombra de mi día
Nube de mi sol;
Tormento de una alma
Nacida al dolor;
Eres mi esperanza
Que se deshojó;
La sombra en mi día
La nube en mi sol.

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol,
Funesta te agrandas
A esta hora en que Dios
Envuelve en la nada
La luz que pasó,
En sombras el día
Y en nubes el sol.

La voz de María, suave y querrellosa como la de las auras en el ramaje, incitó la de lasavecillas cercanas, que confundiendo la luz ya pálida de los luceros con la del alba, adelantáronse á saludarla con todo el entusiasmo de sus gargantas. Para ellas era como siempre aquella aurora, la Mensajera del día que con dedos de rosas hace brotar el contento de en medio de las tinieblas; mientras que para la torcaz herida que acababa de arrullar en su guitarra, era un espíritu siniestro que huía envuelto en la mortaja de la noche, dejando tras de sí las tristezas de la mañana. Qué contraste entre estas dos armonías; entre los gorjeos en la arboleda y el canto del aposento; entre la constante alegría de la naturaleza y el frecuente desabrimiento del alma humana! Dura compensacion del don de la intelijencia! El ave, es verdad, experimenta tambien sus dolores, puesto que los juegos de un niño ó los placeres de un cazador pue-

den dejarla sin hijos y sin compañero. Pero en la primavera inmediata volverán á bullir en el nido los polluelos, y la dicha presente borrará completamente de la memoria del instinto el dolor de aquellas pérdidas. Mas quién podrá borrar de los recuerdos de una mujer el naufragio que sufrió en su corazón, una de sus esperanzas, uno de sus sueños? La oracion lavarás sus remordimientos; pero las estigmas que le abrió el amor no se cicatrizarán en ella con los bálsamos del cielo.

No se mostraba aun el sol, cuando salió María de su aposento y comenzó á pasearse por los jardines, cuyas flores recién engalanadas con el rocío, se mecían sobre las ramas al soplo de los aires frescos. Pero la víctima del insomnio de una noche entera no tenia sentidos para gozar de los colores ni de la fragancia de las plantas por en medio de las cuales pasaba distraida, indiferente, desfallecida, suspirando, casi llorosa, con el cabello suelto y con los ojos rodeados de un tinte azul como si las lágrimas hubiesen desteñido sus pupilas. A veces caminaba de prisa; á veces, deteniéndose, levantaba la cabeza hácia arriba, y movía los labios como si orase ó pronunciase algun nombre que la infundiera amor y veneracion á la vez. Iba á sentarse en uno de aquellos bancos sombreados por palmas en donde en presencia del Capitan habia tejido la guirnalda para su jilguero, cuando sintió el galope de un caballo que se acercaba. María, sin poderse contener corrió hácia la tranquera, y apenas habia andado la mitad de una de las calles del jardín, cuando enfrentó con el Capitan que caminaba con paso acelerado, visiblemente

te inquieto, y como quien duda de si comete ó no una accion represensible.

Segun las reglas de la táctica hipócrita de los salones, María debió volver la espalda á aquel atrevido que en horas desusadas violentaba las puertas que la hospitalidad mas jenerosa le habia dado á conocer. Pero ella, virtuosa y candorosa de veras, se dejó llevar de sus impulsos primos, y se dirigió hácia el hombre á quien ella habia depurado de toda flaqueza en el crisol ardiente de su corazon, en donde constantemente mantenía su imájen. A fuerza de elevarse, abrazada con esa imájen, á las rejiones donde su alma vivía, el Capitan habíase convertido, en la mente de María, en un ser perfecto, en un caballero "destemido y sin tacha," en una idealizacion del talento, del valor y de la virtud, en un hermano que la sociedad le traía ya que la naturaleza se lo habia negado, en una porcion de ella misma. Tan hondos fueron los pensamientos que le consagró desde que lo vió por la primera vez, que confundiendo la intensidad con la duracion, se imaginó que eran años, años de intimidad, las pocas horas trascurridas desde la entrevista al borde del estanque bajo la sombra del ombú.

—María!!!

—Capitan!

Casi á un mismo tiempo, y como dos notas unisonas, se oyeron estas dos exclamaciones que exhalaban aquellas dos almas como para confundirse en una sola. Las manos tambien se confundieron, y las del Capitan fueron inundadas en las lágrimas

y en los sollozos de María, que no podia contener su apasionada emocion.

—Perdon, mi antiguo amigo de ayer, díjole Maria. Piense vd. de mí lo que quiera: la naturaleza me ha hecho mujer, pero no me ha enseñado á disimular. Yo le amo á vd!!

Y como si cometiera una debilidad, y al advertirlo se sublevase en ella el noble orgullo de su pura inocencia, clavando severos los ojos en el Patricio, añadió:

—Y tanto peor para vd., Capitan, si no me comprende, si juzgándome por las reglas vulgares del mundo, me toma vd. por una conquista fácil, por una inesperta niña, fascinada por el garbo de su persona y el lustre de sus galones de oro. Peor para vd., lo repito; . . . pero mil veces peor para mí, porque morirían todas mis ilusiones, se enlutaría mi alma y me vería obligada á despreciar á quien tanto estimo. Si fuesen burladas estas lágrimas que caen de mis ojos, no las volvería á enjugar ningun hombre sobre la tierra: correrían, sí, de arrepentimiento ó de desesperacion sobre las manos martirizadas de mi Cristo de marfil, que colocaría para siempre y sin rival, sobre mi escapulario de monja Clara. O usted ó Dios.

—Maria, ánjel mio! exclamó el Capitan fuera de sí y estampando respetuosos y ardientes besos en la delicada diestra de aquella criatura verdaderamente anjelical. Si vd. me ama, yo la adoro á vd., pero no como vd. lo merece. Yc no soy digno de ser dueño de tanta belleza y de tanta jenerosidad. Yo venia á pedir temblando, una mirada de com-

pasion, una leve muestra de interes; una palabra de consuelo y de esperanza, y vd., Maria, pone en mis manos su corazon deshecho en llanto! Comprendo vd. mi felicidad: ni un instante se ha apartado de mí la imájen deliciosa de vd. desde que la conocí. He vivido solo para vd., fuera de mí, como un autómeta cuyos resortes dependian de la voluntad de Maria: sin ella yo no quiero ni la felicidad ni la existencia. Pero, vd. ha hecho de mí una criatura perfecta, lo adivino, un ser con una alma semejante á la suya. A ese ser es al que vd. ama, al que no ha temido confesar su amor y consagrárselo sin miramientos. Pobre de mí, que no puedo ofrecer á vd. sinó las dotes de un estudiante y de un soldado, las virtudes del colejio y del cuartel; el agradecimiento de un hombre comun, la lealtad jurada sobre un acero sin brillo aun, y una pasion sin mas mérito que ser la primera que una mujer me inspira! Pero, Maria, al lado de vd. quien no llegará á ser bueno, á acercarse á ese ideal ante cuya idea me anonado? Sí, yo seré digno de vd. y seremos felices.

—¿Felices?... repitió Maria, interrogando, en un tono desgarrador de duda y de deseo. Será posible, Capitan, añadió con solemnidad, que se realice en este mundo y dure en él, la felicidad tal cual yo la comprendo? Será verdad que con las manos asidas, como ahora las tenemos, podríamos pasar la vida amándonos?... Imposible!!

A estas palabras trocáronse enteramente los papeles de este drama. Maria, gravemente serena, con el rostro inspirado de una Sibila leyendo en el

porvenir, profundamente triste como presintiendo próximas desventuras para su corazon, dominaba y avasallaba el alma del Capitan que se sentia niño y débil ante aquella jóven sublimada por la pureza del amor recién nacido en sus entrañas. El valiente Patricio, apoyado al tronco de un árbol, escondia el rostro entre ambas manos y sollozaba y derramaba lágrimas hasta el suelo, sin atreverse á mirar á aquella criatura fascinadora á quien tanto amaba y cuya paz él habia turbado para siempre. El corazon se le desgarraba, porque se veia forzado á poner á prueba el de Maria, comunicándole una noticia que antes de llegar á la chacra se imaginaba que fuese recibida con indiferencia. Dando al fin, con gran esfuerzo, una trégua á su llanto,

pudo hablar y decir á Maria:

—Usted es la señora de mi destino, y desde ahora comienza vd. á ejercitar su imperio. Decida vd. Anoche he recibido la órden de partir dentro de cuarenta y ocho horas para el ejército al frente de mi compañía. Compadézcame vd. y resuelva: mi contestacion la darán los lábios de vd.

Aunque semejante nueva hizo en Maria el efecto de un golpe eléctrico, estando, como estaba preparada para recibir cualquier desgracia, no alteró visiblemente la serenidad que su ánimo fuerte habia adquirido; y comprendiendo las tentaciones que debian agitarse en la conciencia del Capitan, trató de fortalecerlo en sus deberes en obsequio al amor mismo que le profesaba.

—Capitan, le dijo, esa órden despedaza en dos nuestros corazones convertidos en uno solo, es tal

vez mi muerte; pero es preciso obedecerla. Si tuviera vd. la cobardia de desoir la voz de la Patria y de las obligaciones, no seria vd. para mí un objeto de cariño sinó de aversion. Nuestro amor debe tener por fundamento la estima y esta se alimenta con actos virtuosos. Parta vd. Capitan: deme vd. frecuentes noticias de sus triunfos y ascensos, mientras yo pido al cielo que le guarde á vd. de todo peligro.

—Maria, vd. me arroja de sus brazos. . . .

—No, Capitan, mis brazos estarán fieles esperando á vd., un siglo si fuese necesario. . . .

—Y á quién recibiría vd. en ellos? Al viejo aguerrido mutilado, al rudo militar ennegrecido por la intemperie y la pólvora?

—Recibiría en ellos, mas apasionada que nunca, al valiente, al patriota, digno entonces de ser. . . . mi esposo.

—Maria, esposa mia, adios. . . .

—El cielo y mi amor le protejan á vd.

Lloraron amargamente despues de este diálogo, hasta que Maria apartando de sí al Capitan, le dijo: los valientes de su compañía esperan á su jefe; y desapareció á pasos rápidos entre las flores, puestas ambas manos en los oidos para no escuchar el galope en retirada del caballo oscuro.

Caminaba asi Maria hácia sus aposentos, cuando saliéndole al encuentro su buen tío, con el breviarío bajo del brazo, le manifestó estrañeza por hallarla tan de mañana en los jardines y con un aire visiblemente inquieto. Desde su ventana, que daba al camino, habia notado la retirada á galope de

un jinete que no podia ser otro que el Capitan, y deseaba aclarar un misterio que se complicaba para él desde el momento en que tropezaba con su sobrina en horas en que por lo comun estaba aun recojida. Por supuesto que por la cabeza del sacerdote no pasó la mas remota idea desfavorable á Maria, cuyos sentimientos delicados le eran conocidos mas que á nadie. Pero desde luego sospechó que aquellos jóvenes, apesar de lo reciente de sus relaciones podian amarse ya, y su curiosidad bien intencionada se limitaba á saber si habian tenido ó nó una entrevista y qué era lo que en ella se habrian prometido recíprocamente. Averiguacion que no creía difícil, porque si él tenia libertad para interrogar á su discípula, esta por su parte confiaba demasiado en el juicio y en el cariño de su maestro para esconderle los secretos de un corazon que era en gran parte obra de aquel filósofo tolerante y cristiano.

—Sabes hija mia, la dijo el tío, que acabo de ver pasar á gran galope un caballo oscuro guiado por un jinete parecidísimo á nuestro nuevo amigo, el Capitan de Patricios? He supuesto que vendria á visitarnos y que se ha retraido de llamar á la tranquera por ser la hora demasiado temprana: mas tarde le tendremos en casa. No lo crees tú así?

—No tío mio. El Capitan no volverá á visitarnos en mucho tiempo. . . . y quizá nunca mas.

—Pues no fué esa la intencion que nos manifestó al despedirse la última vez.

—El hombre propone y Dios dispone, amado

tio. El Capitan marcha para el ejército dentro de pocas horas.

—Y cómo lo sabes?

—El mismo me lo ha dicho hace un momento.

Al pronunciar Maria estas palabras tomóle las manos al tio y se las besó bañándolas con lágrimas.

—Maria! la dijo este, lleno de inquietud, hija mia! serénate, cuéntame lo que te pasa. Dios y el cariño que te profeso me dictarán palabras que han de consolarte. Habla mi pobre Maria, habla.

Maria enlazó su brazo derecho al cuello de su segundo padre y caminando á par de este con paso desalentado, le refirió menudamente cuanto acababa de pasar entre ella y el Capitan, pidiéndole perdole perdon por haberle reservado hasta entonces los sentimientos que el jóven militar habia despertado en ella desde aquel lunes en que habia comido en la chacra.

El buen sacerdote habituado á escuchar con paciencia la relacion de las aflicciones de sus semejantes, oyó á la sobrina con interes tiernísimo, y despues de bien impuesto del estado del alma de aquella noble criatura, apoyando las manos sobre su libro de oraciones, como para inspirarse en la caridad de la doctrina de Jesus, derramó pausadamente sobre la doliente de amor, la uncion de las siguientes palabras.

—Hija mia yo no tengo nada que reprocharte. Te ha llegado el momento de cumplir con el destino de toda mujer, y amas á un hombre. Te has engañado en la eleccion? No lo creo así. La pasion del amor es espontánea y al parecer irreflexiva; pero el instinto de los corazones adiestrados

en el conocimiento de lo que moralmente es bello y bueno, casi siempre es acertado, porque la buena educacion, como lo es la que tú has recibido, tiene por objeto el moderar y dirigir los movimientos primos de las pasiones.

Antes de conocer al Capitan han pasado delante de tí muchos jóvenes bien parecidos, elegantes y ricos, para con los cuales solo has sido amable y urbana. Has paseado con ellos por estos mismos jardines, y les has despedido sin que llevaran de tí mas que unas cuantas flores. El uno te parecia orgulloso, el otro sin talento, aquel demasiado prendado de su persona, este con instintos comunes, y todos indignos de tu eleccion. Entre tantos en quienes escojer, por qué has elejido al Capitan? He ahí el secreto de tu corazon, secreto que talvez lo sea para tí misma y que yo creo haber penetrado.

El capitan es rico en talento y en instruccion y camina á la gloria por la carrera del honor. El talento y la gloria, noble Maria, hé ahí las dos aureolas que rodean al hombre que ha conquistado tu cariño y con las cuales te has deslumbrado. Y si todo es vanidad en este mundo, hija mia; si es vanidad la belleza, si el oro es vanidad, si el orgullo del nacimiento es humo vano, el saber y la fama son tambien vanidad; pero tienen al menos el mérito de que para alcanzarlos sea preciso hacer esfuerzos de virtud, de constancia y tener bastante fuerza de alma para despreciar los demas bienes del mundo que valen infinitamente menos. Yo te absuelvo, hija mia, por este modo de pensar, si es que he acertado á interpretar tus inclinaciones; pero sabe que mi conciencia no queda

tranquila. Ah! la gloria y el talento, cuanto mas elevados llevan la frente ante los ojos del mundo, tanto mas punzantes son las espinas que la envidia, la ingratitude, la vulgaridad les siembra en el camino. Ligándote á uno de esos seres privilegiados mas grandes que sus semejantes y que resplandecen por la palabra ó por el heroismo ¿no participarás de esas mismas espinas? No serias mas feliz al lado de un hombre oscuro en quien las rivalidades y los celos públicos no cebáran jamas el diente y no te espusieran á seguirle en el ostracismo ó á llorarle ensangrentado sobre un campo de batalla? Y soy yo, tal vez, quien te ha alejado de la dicha silenciosa y casera, dándote á beber demasiado en la copa de la poesia y presentándote espectáculos de la historia que han estraviado tu corazon del sendero de la verdadera dicha! Maria, esta consideracion perturba mi conciencia.... Si alguna vez eres desgraciada, perdóname hija mia la parte que haya tenido en tu infortunio.... Y tú tambien ¡Dios mio! perdóname.

—Ah! mi amado tio, jamas le llevaré á Vd. á mal que haya desarrollado mis propensiones naturales. Antes que á Vd. tuve por maestro al corazon, el cual siempre se sublevó dentro de mí en presencia de las cosas vulgares y de los hombres materializados. En cuanto á mi felicidad, no se ocupe vd de ella: soy feliz desde algunos dias á esta parte, porque el vacio de mis aspiraciones está colmado. No hay mayor martirio que sentir el silencio del desierto dentro del alma vagabunda; que ansiar por el hallazgo en la tierra de la realidad del ser soñado. La melancolia me agos-

taba como una parásita asida á mi existencia, y la tristeza vana iba cambiando mi naturaleza, haciéndome desconfiada, poco expansiva, huraña. Asi es el hombre? me decia á mí misma, cuando observaba á los que buscaban mi conocimiento y mi trato. Tan ridículo y liviano es el apoyo que la sociedad proporciona á la mujer con el título de marido? Ese que pasa la vida acariciando á un talego ¿será un esposo? El que exclusivamente se ocupa de sus caballos y sus perros, podrá ser el compañero de una mujer sensible? ¿Quién podrá tener estima por el autómatas que vive entre el espejo y su sastre como entre dos graves consejeros? Todos eran ricos; pero ninguno del caudal que á mi me seduce. Qué haria yo dentro de una calesa dorada al lado de un hombre estéril de corazon y de intelijencia? Pasaria humillada por entre la multitud envidiosa de mi fausto, por parecerme que iba haciendo el papel de un animal raro sacado á mostrar por el lacayo de un charlatan. ¿Con qué máscara cubriria mi vergüenza al escuchar las palabras sin sentido ni cultura de un necio? ¿Qué espinas no me mortificarian al tomar en mis manos dinero que fuese fruto de la avaricia ó de la indelicadeza? ¿Soy yo actriz para aspirar al aplauso de la multitud? Soy reina, acaso, para desear súbditos y aduladores? Yo quiero ser feliz tio mio, para mí y no para el público. Quiero que mi corazon sea de uno solo; que me respeten los audaces como á cosa sagrada por pertenecer á un hombre digno. Quiero que al apoyar mi brazo en el de mi esposo, me enorgullezca sintiendo que me apoyo en la fuerza de la virtud y del talento.

Vd. calla mi tío porque me encuentra razón, y porque mis palabras son un mal reflejo de las ideas que Vd. me ha infundido. Mi gratitud será eterna hacia el maestro que me ha librado del tormento de caer llena de vida en poder de un cadáver. La mujer bien educada, está espuesta á la suerte de las cristianas hermosas que caen en poder de berberiscos y pasan de las aguas del Mediterráneo al fondo de un Harem, en donde, idioma, costumbres, religión, placeres, les son desconocidos y antipáticos. ¿Cómo es que tiene Vd. remordimiento de haber ayudado á su sobrina á escaparse de los piratas moriscos? Vaya que casi me vuelve Vd. mi buen humor. Se vá Vd. poniendo olvidadizo con los años. Muy bien que ha metido Vd. sus dedos en los ojos de mi tija, cuando murmurábamos á solas de los antiguos concurrentes á la Chacra. Todavía recuerdo algunas de las chistosas ocurrencias de Vd. Se acuerda Vd. de aquel gazmoño á quien llamaba Vd. *Herodoto* porque confundía la heroica patria de Poniatuski con la santa abogada de las muelas? *D. Caton de la Mancha*, es un apodo creado por Vd. para designar á aquel sibarita cincuenton, víctima de todos los apetitos, gran devoto de la humanidad y enemigo bilioso de sus favorecedores, que con los labios tiznados con las caricias de la crápula hablaba de abnegación como Graco, de virtud como un Arístides, de fortaleza de alma como un Scévola ó un Sócrates, y no era mas que un fanfarrón!

—Y estás bien segura, sobrina del alma, de que el Capitan no participa de las debilidades de alguno de esos tipos?

—No comprendo esa pregunta, tío amado, después de los elogios que Vd. le ha prodigado delante de mí y de mi padre. Hombre es y tendrá sus defectos: yo no he notado en él sino perfecciones, y una gran superioridad sobre cuantos jóvenes se han acercado á mí con intención de agradarme. No es el mas hermoso de entre ellos, por cierto; pero la belleza de su rostro no es la comun: no es del exterior, sino interna. El alma mueve é ilumina su fisonomía, y los órganos de sus sentidos no parecen de una criatura de este mundo. Sus ojos no ven sino que hablan, y su voz piensa y siente al mismo tiempo que convence por la seducción de su armonía. Vd. es testigo de sus maneras: no se puede dar mayores muestras de urbanidad y de blandura que las que él me ha dado, y no obstante, he temblado delante de él, porque su inteligencia y su fuerza moral me han subyugado toda entera. . . .

—Tú no podías sino amar así, Maria; con exaltación. Pero, creeme:—en este mundo la felicidad es compleja. Es preciso que el alma y el cuerpo satisfechos, la una en su conciencia, el otro en su bienestar, se armonicen para constituir esa felicidad, objeto de todos nuestros desvelos y afanes. El Capitan es, sin duda, digno de tí; pero es militar, la patria lo llama á la lid, “á la lid tremenda,” como dice nuestro Luca, y la Patria tiene un altar demasiado ancho para que se contente con pocas víctimas. . . .

—Mi tío ¡por Dios! no continúe Vd.; no evoque Vd. el espectro de la muerte entre él y yo. Horrible divorcio! . . . y sin embargo, posible. Pero

ya se lo he jurado: "él ó Dios." Mi resolución está tomada, y espero tranquila el porvenir, porque ninguno de sus fallos me tomará desprevenida. Hágase, señor, tu voluntad!!!

Maria pronunció estas últimas palabras de la oración por excelencia, levantando las manos y los ojos al cielo, arrojando dos lágrimas que rodaron enteras por sus mejillas y se perdieron en su seno. Aperciéndose de la impresión producida en su tío, trató de dar otro jiro á la conversacion é hizo la siguiente pregunta cuya contestacion le interesaba:

—Y será larga esa guerra emprendida en el alto Perú?

—Hija mia, propones un problema para cuya resolución no soy yo el mas aparente. Nuestra inesperienza es grande en materias militares. El entusiasmo suple á la ciencia y el valor á la disciplina. Los Licenciados se hacen jenerales y los oficinistas caudillos; los artesanos infantes y los gauchos granaderos montados. Así comienza nuestra revolucion armada. Pero la causa es buena. Es preciso sublevar el Perú y hacer allí amable y deseada la libertad como lo es á las orillas del Plata, para que el poder español se ahogue por sí mismo en la capital de aquel vasto Vireynato, en Lima que es el Madrid del Pacífico. La masa de aquellas poblaciones es una mezcla de antigua barbarie y de preocupaciones inoculadas con la conquista. Ahora treinta años se sublevaron en odio á la raza blanca; pero no por las altas razones que motivan nuestra revolucion. Ellos comprenden la libertad como las Alpacas y las

Llamas, para vivir holgados y holgazanes al aire libre de sus cerros. Pero esa no es la libertad de Mayo, que nos exige, trabajo, abnegacion, virtudes. Puede ser muy bien que esos hombres resistan al bien que pretendemos hacerles. En ese caso, hija mia, la guerra puede ser duradera y peligrosa....

—Pero, bien, la razon me dice que cuando un militar ha cumplido con su deber durante algunos meses, tiene derecho á pedir un poco de descanso en sus hogares.

—Por cierto que sí.

—Pues entonces, yo tengo motivo para esperar tranquila la vuelta pronta del Capitan. Los valientes burlan los peligros y la suerte les es propicia. Tío mio, deme Vd. un abrazo y la enhorabuena anticipada....

Y pronunciando estas palabras, se alzó Maria del asiento y obligó á su tío á seguirla hácia la casa, tomándole del brazo sobre el cual se apoyó; arrebatándole al mismo tiempo el brevario, cuyas viñetas y rúbricas coloradas examinó distraida mientras atravesaron los jardines.

Asi que la sobrina y el tío se separaron, buscó éste á su hermano para comunicarle lo que pasaba en casa y concertar con él la conducta que debian guardar para con Maria y para con el Capitan en campaña. El chacarero amaba demasiado á su hija para contradecirla en una inclinacion tan vehemente, y tenia bastante buen sentido para desconocer que los obstáculos habian de darle resultados contrarios en caso que quisiese ponerlos en el camino de la voluntad decidida de una criatura

incapaz de disimular sus resoluciones. Dispuesto á respetar la eleccion de Maria, no quiso, sin embargo ocultarla cuales eran sus deseos y miras con respecto á las condiciones del hombre que él le hubiera escojido para esposo. "Habria querido, la decia repetidas veces, verte ligada á un rico propietario, ajeno á los negocios públicos, que pasase la vida entre fieles capataces que le rindiesen cuentas exactas; á un hombre como yo, de quien jamas tu madre tuvo la mas leve queja. Ese hombre, fiel, casero, monótono, si tu quieres, y siempre el mismo durante los trescientos sesenta y cinco dias de cada año te haria mas feliz de lo que te imaginas." Sostenia estas opiniones con toda tranquilidad, apoyándolas en consideraciones juiciosas; pero Maria le desbarataba todos sus raciocinios con el brillo de su imaginacion y con los rasgos bondosamente irónicos que la eran naturales. Agotada esta materia de discusion quedó establecido entre los miembros de aquella familia que la señorita habia triunfado, que el Capitan seria su esposo, que Maria tendria libertad completa para comunicarse con él, y que el padre y el tio leerian asiduamente la gaceta para tenerla al corriente de la suerte del ejército pátrio.

Así que Maria completó su conquista é hizo imperar su voluntad, se concentró dentro de sí misma y llamó á silencio á todas las alegrías pasadas. Alejó la jaula del jilguero, abandonó los pica-flores y echó un velo oscuro sobre sus instrumentos de musica. Y, como si temiera que los perfumes la distrajeran de la idea fija que acariciaba en su alma, abandonó el cuidado de los jardines y guar-

dó debajo de los muebles los vasos de porcelana en que colocaba las flores de su predileccion. Veía-sele, dias enteros, clavada la atencion sobre un libro cuyas páginas volvía sin leerlas, ó bien cuando el tiempo era hermoso, recorrer los alrededores asistiendo á los enfermos pobres y repartiéndoles pan y limosnas. Una vez prolongó su paseo hasta la ciudad y descendió en el locutorio de las monjas Claras, en donde era Priora, una anciana respetable y piadosa, tia abuela suya por parte de madre.

La deliciosa chacra de San Isidro, tan concurrida poco antes y tan hospitalaria, yacia hundida en la tristeza y el silencio. La vida de sus habitantes que hasta allí se deslizaba al calor de los goces de un hogar sin nubes, parecia sorprendida repentinamente por el hielo de un invierno inesperado. Las hojas de las plantas no susurraban ya en sus tallos: caidas al suelo se quebraban con ruido funesto bajo los pies distraidos de Maria, de su padre, del sacerdote, las pocas veces que buscaban las abandonadas sombras de la arboleda. Las largas pláticas, los diálogos chistosos, las réplicas agudas de la discípula, las sanas y discretas advertencias del maestro; el estudio cotidiano y la lectura de los poetas, todo habia desaparecido para dar lugar al desabrimiento de una sola y permanente idea. Comian en silencio, se miraban con timidez, se huian unos á otros como si temiesen hallarse espuestos á reproches recíprocos por la causa del sinsabor de que todos participaban. El tio persistia en dudar de su talento de *educacionista* (¡modestia poco comun en los que se dan este título!) abrigando los escrú-

pulos que ya conocemos por haber contribuido á desenvolver en la sobrina los instintos romancescos de su carácter. Maria por su lado, agravaba su pena al considerar que su situacion acibaraba dos existencias que la naturaleza y el amor colocaban bajo la proteccion de su juventud y de sus gracias.

Sin embargo, nunca los vínculos que unian á aquellos tres seres, fueron tan estrechos como desde el momento en que sus espíritus cayeron en la afliccion. Si materialmente vivian menos en contacto que antes, si mas de tarde en tarde se dirijian la palabra, no por eso se habian entibiado aquellos corazones acostumbrados á latir de acuerdo, y se amaban con tanta mas fuerza cuanto que necesitaban mas unos de otros para soportar y resistir las amarguras que de pronto los habian inundado. El sacerdote, mas injenioso que su hermano para distraer á Maria, propúsola hacer un estudio especial de la jeografia americana, comenzando por la del Perú; y puede asegurarse en conciencia, que jamás jeógrafo alguno desde Ptolomeo hasta Maltebrun, halló quien aprovechase tanto de sus descripciones como aprovechó Maria de las que le hizo su tio, de las montañas, de los valles, de los caminos al pié de los torrentes, que distinguen al suelo variado del pais de los Incas. En el espacio de un mes se puso en estado de rivalizar con el Baron Haenke y con el Cosmógrafo Bueno, pues sabia de memoria el nombre de todos los pueblos, aldeas y cortijos que median entre Tarija y Potosí y entre este cerro afamado y la ciudad de los Reyes.

Inclinada sobre el mapa, pasaban para ella las

horas como instantes, porque al traves de los signos de convencion que representan corrientes fluviales, *mecetas*, *pampas* y desfiladeros, descubria con su imaginacion á las huestes patrias en marcha, trepando las cumbres, serpenteando por los valles, reflejando la luz del trópico en sus valientes bayonetas. Figurábase que aquella familia de bravos padecia hambre y sed, y que ella tomaba en el brazo un canastillo abastecido de licores, de pan y de frutas, y 'en alas de su simpatia llegaba hasta ellos, reproducia el milagro de Elias y consolaba á los aflijidos por el amor á la Patria.

Era que allí con ellos estaba el Capitan de quien un momento no separaba la memoria; seguíalo paso á paso, en el campamento, en la jornada, en la guerrilla, en el combate que ella fraguaba en sus sueños apoyada en la pared de que pendia la carta del Perú. A veces sonreia y se erguia llena de complacencia, porque parecia ver sobre la falda de una eminencia al prometido esposo, cabalgando sobre su oscuro, levantando en alto la espada y señalando con ella al enemigo al grito de: "¡ellos, — Victoria!" Otras veces contraia las facciones como si sintiera dolor en las entrañas mas nobles, porque antojábasele que el Capitan, en una *puna* combatida por los huracanes, yacia sepultado bajo una capa de neblina fria como el hielo.

Está por demas el decir que el ausente por quien se desvelaba Maria la daba frecuentes noticias de su salud y de su situacion por cuanto correo se despachaba del ejército para Buenos Aires. Pero hacia ya algun tiempo que no sabian nada de él en la chacra de San Isidro, cuando una tarde en que

sus habitantes se hallaban disfrutando de los últimos rayos de un sol de otoño, se acercó á ellos un sirviente trayendo para el *Doctor* un pliego cerrado con una oblea grande cuadrada y colorada, y marcada con gordas letras impresas del mismo color, contraseña oficial de las estafetas de antaño. Tomóle el clérigo con precipitación é interés, diciendo: "reconozco en la letra del sobre la de mi condiscípulo el Cura rector de Humahuaca, noticioso incansable que se pirra por comunicar malas nuevas. Puede ser que en esta ocasion haga tregua á su pésima costumbre." Ordenó en seguida que se encendiera luz en su escritorio, y dando las buenas noches se despidió disimulando como pudo la inquietud que le inspiraba aquella correspondencia mesperada. Maria, no menos turbada que el tío y no menos disimulada que él, besó la mano de su padre y se encerró en su aposento, resuelta á no perdonar suplica ni astucia para lograr imponerse de las noticias del de Humahuaca que no podian menos que interesarla por venir de punto tan inmediato al teatro de la guerra.

El sacerdote, despues de imponerse de la carta de su condiscípulo, apagó la luz y subió á un altillo en donde acostumbraba rezar en la noche, y hacer sus últimas lecturas piadosas. Maria le observaba desde la ventana de su aposento á oscuras, y llena de inquietudes, de dudas y de curiosidad, ocultando con la fina bayeta de un rebozo blanco, ribeteado con cinta azul, la luz de una bujia, entró al escritorio á registrar los papeles manuscritos que llenaban la mesa de estudio. A poco andar tropezó con la carta recién recibida y se puso á leerla con

la ansiedad con que el reo se impone de la sentencia que acaban de firmar sus jueces. A los pocos renglones lanzó Maria un ¡ay! desgarrador y terrible, dejó caer el papel y apagó con suspiros la llama de la vela que alumbraba un trance para ella mas doloroso que el de la muerte. Su amante idolatrado, el Capitan de Patricios, su esposo futuro, sorprendido por una emboscada enemiga, habia succumbido á los golpes de un grupo de cobardes, á la mitad de los cuales, él solo, hizo morder el polvo antes de caer bañado en la sangre que derramaba por numerosas heridas.

En el pobre corazon hecho pedazos de Maria reventó una tormenta, y al resplandor de uno de sus lúgubres relámpagos de despecho, concibió la idea de abandonar inmediatamente la chacra y aprovechar el rato de la noche para trasladarse á Buenos Aires y encerrarse para siempre en el monasterio, en brazos del esposo celeste de las vírgenes, ya que el que ella habia elejido en la tierra no existia sino para la gloria y los recuerdos.

Asi que el silencio y la oscuridad reinaron en todas la habitaciones, salió Maria de la suya y llamando á su perro favorito (valiente mastin de los *cimarrones* de la pampa) enderezó sus pasos precavidos hácia la tranquera, y tomó en medio de las mas densas tinieblas el camino del alto, sin darse casi cuenta de sus acciones ni de los peligros á que se esponia en el tránsito.

A la madrugada siguiente, delante del altar en donde se celebró la primera misa en la iglesia de las Catalinas, se veia el bulto esbelto de una mujer jóven, cubierto de la cabeza á los pies con un man-

ton oscuro, á cuyo lado jadeaba vigilante un perro blanco azorado de encontrarse en aquel sitio nuevo para él.

Concluido el sacrificio, levantóse la del manto y habló con una de las monjas por la ventanilla de la reja que dá al prebisterio, y de allí se encaminó al locutorio, cuya puerta interior se abrió, y se cerró luego con ruido tras ella, como si rechinasen los goznes enmohecidos de un sepulcro.

Maria cumplia el juramento espresado tantas veces por ella con estas palabras: Ó DIOS Ó ÉL!



*A mi distinguido amigo
el Sr. D. Luis Dominguez de
Intineres.*

NOTICIA

SOBRE LA PERSONA Y ESCRITOS

DEL

SR. D. AVELINO DIAZ.

POR UNO DE SUS DISCIPULOS.

HUENOS AIRES.

Imprenta de La Revista.—Eivadavia, 63.